sallos quejosos de su rey; dejando sin nueva provocacion, ó mejor pretesto, el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando, por si llegase el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando mérito de suspender los efectos de aquel desacato; y dándose á entender que por lo ménos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fué mandar, á la media noche, que le trujesen dos de los prisioneros con todo recato: y recibiéndolos benignamente, les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad: y que en fe de que la recibian únicamente de su mano, podrian asegurar á su príncipe: « Que con « toda brevedad procuraria enviarle los otros compañeros suyos « que quedaban en poder de los caciques; para cuya emienda y « reduccion obraria lo que fuese de su mayor servicio: porque « deseaba la paz, y merecerle con su respeto y atenciones toda la « gratitud que se le debia por embajador y ministro de mayor « príncipe. » No se atrevian los Indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen, ó volviesen á prender en el paso: y fué menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada, donde se hallaban los bajeles, con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Fruto que sacó de su empeño.

Da libertad á dos de los ministros.

Vinieron á la mañana los caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros: y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes: y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision: y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros: con lo cual dejó confiados á los caciques, sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos Indios le tenia cuidadoso: y así procuraba ocurrir á todo, conservando aquel partido sin empeñarse demasiado en él ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle. Grande artífice de medir lo que disponia con lo que recelaba: y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias, y madrugar con el discurso para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos.

Hace llevar á la armada á los otros ministros presos.

CAPITULO X.

Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edifícase y pónese en defensa la villa de la Vera Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los Españoles, y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisaron á sus amigos y confederados de la felicidad en que se hallaban, libres de tributos, y afianzada su libertad con el amparo de una gente invencible, que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza: con que pasó la palabra, y fué, como suele, adquiriendo fuerzas la fama, en cuyo lenguaje tiene sus adiciones la verdad, ó se confunde con el encarecimiento. Ya se decia públicamente por aquellos pueblos que habitaban sus dioses en Quiabislan, vibrando rayos contra Motezuma: y duró algunos dias esta credulidad entre los Indios, cuya engañada veneracion facilitó mucho los principios de aquella conquista; pero no se apartaban totalmente de la verdad en mirar como enviados del cielo á los que por decreto y ordenacion suya venian á ser instrumentos de su salud: aprehension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior, dispensada en favor de su misma sinceridad.

Concepto que hicieron los Indios de los Españoles.

Tiénenlos por deidades.

Sirve á los Españoles esta aprehension de los Indios.

Creció tanto esta opinion de los Españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislan mas de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos Indios que llamaban Totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres, pero robusta y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes; y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallage al señor de los Españoles, de que se recibió auto solemne ante el escribano del ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos caciques: no la contó Bernal Diaz del Castillo, ni llegó el caso de alistarla: seria grande el número, por ser muchos los pueblos y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente cuando la serranía constaba de Indios belicosos recien sujetos, ó mal conquistados.

Vienen diferentes caciques á dar la obediencia.

Totonaques.

Juran fidelidad al rey de los Españoles.

Hecho este género de confederacion, se retiraron los caciques á

Fúndase la villa de la Vera Cruz.

sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenase: y Hernan Cortés trató de dar asiento á la Villa Rica de la Vera Cruz, que hasta entónces se movia con el ejército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano entre la mar y Quiabislan, media legua de esta poblacion: tierra que convidaba con su fertilidad, abundante de agua, y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abriéronse las zanjas empezando por el templo. Repartiéronse los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados: y ayudando los Indios de Zempoala y Quiabislan con igual maña y actividad, se fueron levantando las casas de humilde arquitectura, que miraban mas al cubierto que á la comodidad. Formóse luego el recinto de la muralla con sus traveses de tapia corpulenta, bastante reparo contra las armas de los Indios: y en aquella tierra tuvo alguna propiedad el nombre de fortaleza. Asistian á la obra con la mano y con el hombro los soldados principales del ejército, y trabajaba como todos Hernan Cortés, pendiente, al parecer, de su tarea, ó no contento con aquella escasa diligencia que basta en el superior para el ejemplo.

Levántase la muralla.

Entre tanto llegaron á Méjico los primeros avisos de que estaban los Españoles en Zempoala admitidos por aquel cacique, hombre, á su parecer, de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros: cuya noticia irritó de suerte á Motezuma, que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los Zempoales; y poner debajo del yugo á las demas naciones de la serranía: prendiendo vivos á los Españoles, destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio de sus dioses.

Resuelve Motezuma castigar á los Españoles.

Pero al mismo tiempo que se empezaban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegaron á Méjico los dos Indios que despachó Cortés desde Quiabislan, y refirieron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los estrangeros, y el haberlos puesto en camino para que le representasen cuánto deseaba la paz, y cuán léjos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio: encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortés el miedo que tuvieron á los caciques.

Llegan los dos primeros Indios á Méjico.

Ponderan la benignidad de Cortés.

Mudaron semblante las cosas con esta novedad: mitigóse la ira de Motezuma: cesaron las prevenciones de la guerra; y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortés con nueva embajada y regalo: á cuyo temperamento se inclinó con facilidad, porque en medio de su irritacion y soberbia no podia olvidar las señales del cielo y las respuestas de sus ídolos, que miraba como

Despáchale Motezuma nuevos embajadores.

agüeros de su jornada, ó por lo ménos le obligaban á la dilacion del rompimiento, procurando entenderse con su temor, de manera que los hombres le tuviesen por prudencia, y los dioses por obsequio.

Llegó esta embajada cuando se andaba perficionando la nueva poblacion y fortaleza de la Vera Cruz. Vinieron con ella dos mancebos de poca edad, sobrinos de Motezuma, asistidos de cuatro caciques ancianos que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traian un regalo de oro, pluma y algodon, que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embajadores fué: « Que el grande emperador « Motezuma, habiendo entendido la inobediencia de « aquellos caciques, y el atrevimiento de prender y maltratar á « sus ministros, tenia prevenido un ejército poderoso para venir « personalmente á castigarlos; y lo habia suspendido por no ha- « llarse obligado á romper con los Españoles, cuya amistad de- « seaba, y á cuyo capitan debia estimar y agradecer la atencion « de enviarle aquellos dos criados suyos, sacándolos de prision tan « rigurosa. Pero que despues de quedar con toda confianza de « que obraria lo mismo en la libertad de sus compañeros, no po- « dia dejar de quejarse amigablemente de que un « hombre tan valeroso y tan puesto en razon se « acomodase á vivir entre sus rebeldes, haciéndolos mas insolentes « con la sombra de sus armas, y siendo poco ménos que aprobar « la traicion el dar atrevimiento á los traidores: por cuya consi- « deracion le pedia que se apartase luego de aquella « tierra, para que pudiese entrar en ella su castigo « sin ofensa de su amistad; y con el mismo buen co- « razon le amonestaba que no tratase de pasar á su corte, por « ser grandes los estorbos y peligros de esta jornada. » En cuya ponderacion se alargaron con misteriosa prolijidad, por ser esta la particular advertencia de su instruccion.

Llegan estos embajadores á la Vera Cruz.

Proposicion de los embajadores.

Quejas de Motezuma.

Pídele que se aparte de Zempoala.

Hernan Cortés recibió la embajada y el regalo con respeto y estimacion: y ántes de dar su respuesta, mandó que entrasen los cuatro ministros presos, que hizo traer de la armada prevenidamente; y captando la benevolencia de los embajadores con la accion de entregárselos bien tratados y agradecidos, les dijo en sustancia: « Que el error de los caciques de Zempoala y Quia- « bislan quedaba emendado con la restitucion de aquellos mi- « nistros, y él muy gustoso de acreditar con ella su atencion, y « dar á Motezuma esta primera señal de su obediencia. Que no « dejaba de conocer y confesar el atrevimiento de la prision; « aunque pudiera disculparle con el esceso de los « mismos ministros, pues no contentos con los tribu-

Hace Cortés que traigan los cuatro prisioneros.

Responde á la embajada.

Disculpa los Zempoales.

« tos debidos á su corona, pedian con propia autoridad veinte « Indios de muerte para sus sacrificios : dura proposicion, y abuso « que no podian tolerar los Españoles, por ser hijos de otra reli- « gion mas amiga de la piedad y de la naturaleza. Que él se hallaba « obligado de aquellos caciques, porque le admitieron y alberga- « ron en sus tierras, cuando sus gobernadores Teutile y Pilpatoe « le abandonaron desabridamente, faltando á la hos- « pitalidad y al derecho de las gentes : accion que se « obraria sin su órden, y le seria desagradable ; ó por lo ménos « él lo debia entender así : porque mirando á la paz, deseaba en- « flaquecer la razon de su queja. Que aquella tierra ni la serranía « de los Totonaques no se moverian en deservicio suyo, ni él se « lo permitiria, porque los caciques estaban á su devocion, y no « saldrian de sus órdenes : por cuyo motivo se ha- « llaba en obligacion de interceder por ellos para que « se les perdonase la resistencia que hicieron á sus « ministros, por la accion de haber admitido y alo- « jado su ejército. Y que en lo demas, solo podia « responder, que cuando consiguiese la dicha de « acercarse á sus pies, se conoceria la importancia de su emba- « jada, sin que le hiciesen fuerza los estorbos y peligros que le re- « presentaban : porque los Españoles no conocian al temor; ántes « se azoraban y encendian con los impedimentos, como enseñados « á grandes peligros, y hechos á buscar la gloria entre las difi- « cultades. »

Quéjase de Teutile y Pilpatoe.

Toma por su cuenta el proceder de aquellas naciones : y se afirma en la resolucion de pasar á Méjico.

Con esta breve y resuelta oracion (en que se debe notar la constancia de Hernan Cortés, y el arte con que procuraba dar estimacion á sus intentos) respondió á los embajadores, que partieron muy agasajados, y ricos de bujerías castellanas, llevando para su rey, en forma de presente, otra magnificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no haber conseguido que se retirase aquel ejército, á cuyo punto caminaban todas las líneas de su negociacion. Ganóse mucho crédito con esta embajada entre aquellas naciones : porque se confirmaron en la opinion de que venia en la persona de Hernan Cortés alguna deidad, y no de las ménos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba su amistad con dádivas, que, á su parecer, serian poco ménos que sacrificios : de cuya notable aprehension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian á su rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los Españoles. Y hasta la desproporcion de semejante delirio fué menester para que una obra tan admirable, como la que se intentaba con fuerzas tan limitadas, se fuese haciendo posible con estas permisiones del Altísimo, sin dejarla toda en términos de milagro, ó en descrédito de temeridad.

Gánase opinion con esta embajada.

CAPITULO XI.

Mueven los Zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpazingo sus enemigos. Hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra.

Poco despues vino á la Vera Cruz el cacique de Zempoala en compañía de algunos Indios principales, que traia como testigos de su proposicion ; y dijo á Hernan Cortés que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mejicana habian hecho pie en Zimpazingo, lugar fuerte, que distaria de allí poco ménos de dos soles, y salian á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades, con que, al parecer, daban principio á su venganza. Hallábase Hernan Cortés empeñado en favorecer á los Zempoales, para mantener el crédito de sus ofertas : parecióle que no seria bien dejar consentido á sus ojos aquel atrevimiento de los Mejicanos : y que en caso de ser algunas tropas avanzadas del ejército de Motezuma, convendria enviarlas escarmentadas, para que desanimasen á los de su nacion. A cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion, entrando en el empeño con alguna ligereza, porque no conocia los engaños y mentiras de aquella gente, vicio capital entre los Indios, y se dejó llevar de lo verisímil con poco exámen de la verdad. Ofrecióles que saldria luego con su ejército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud de sus aliados; y mandando que le previniesen Indios de carga para el bagage y la artillería, dispuso brevemente su marcha, y partió la vuelta de Zimpazingo con cuatrocientos soldados, dejando á los demas en el presidio de la Vera Cruz.

Vienen tropas de Méjico contra los Zempoales.

Ofrece Cortés salir contra los Mejicanos.

Al pasar por Zempoala halló dos mil Indios de guerra, que le tenia prevenidos el cacique para que sirviesen debajo de su mano en esta jornada, divididos en cuatro escuadrones ó capitanías con sus cabos, insignias y armas á la usanza de su milicia. Agradecióle mucho Hernan Cortés la providencia de este socorro; y aunque le dió á entender que no necesitaba de aquellos soldados suyos para una empresa de tan poco cuidado, los dejó ir por lo que sucediese, como quien se lo permitia, para darles parte en la gloria del suceso.

Parte á esta faccion con dos mil Zempoales.

Aquella noche se alojaron en unas estancias, tres leguas de Zimpazingo; y otro dia, á poco mas de las tres de la tarde, se descubrió esta poblacion en lo alto de una colina, ramo de la sierra, entre grandes peñas que escondian parte

Llegan á Zimpazingo.

de los edificios, y amenazaban desde léjos con la dificultad del camino. Empezaron los Españoles á vencer la aspereza del monte, no sin trabajo considerable; porque recelosos de dar en alguna emboscada, se iban doblando y desfilando á la voluntad del terreno; pero los Zempoales, ó mas diestros, ó ménos embarazados en lo estrecho de las sendas, se adelantaron con un género de ímpetu, que parecia valor, siendo venganza y latrocinio. Hallóse obligado Hernan Cortés á mandar que hiciesen alto, á tiempo que estaban ya dentro del pueblo algunas tropas de su vanguardia.

Entran los Zempoales en Zimpazingo.

Fué prosiguiendo la marcha sin resistencia; y cuando ya se trataba de asaltar la villa por diferentes partes, salieron de ella ocho sacerdotes ancianos que buscaban al capitan de aquel ejército: á cuya presencia llegaron haciendo grandes sumisiones, y pronunciando algunas palabras humildes y asustadas, que sin necesitar de los intérpretes sonaban á rendimiento. Era su trage ó su ornamento unas mantas negras, cuyos estremos llegaban al suelo, y por la parte superior se recogian y plegaban al cuello, dejando suelto un pedazo en forma de capilla, con que abrigaban la cabeza: largo hasta los hombros el cabello, salpicado y endurecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse. Propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dejaba conocer en estas y otras deformidades.

Salen de paz ocho sacerdotes.

Trage de aquellos sacerdotes.

Dieron principio á su oracion preguntando á Cortés: « ¿Por qué « resistencia, ó por qué delito merecian los pobres « habitadores de aquel pueblo inocente la indigna- « cion ó el castigo de una gente conocida ya por su clemencia en « aquellos contornos? » Respondióles: « Que no trataba de ofen- « der á los vecinos del pueblo; sino de castigar á los Mejicanos « que se albergaban en él, y salian á infestar las tierras de sus « amigos. »

Su proposicion.

A que replicaron: « Que la gente de guerra mejicana que asis- « tia de guarnicion en Zimpazingo se habia retirado huyendo la « tierra adentro luego que se divulgó la prision de los ministros « de Motezuma ejecutada en Quiabislan: y que si venia contra « ellos por influencia ó sugestion de aquellos Indios que le acom- « pañaban, tuviese entendido que los Zempoales eran sus enemi- « gos, y que le traian engañado, fingiendo aquellas « correrías de los Mejicanos para destruirlos y ha- « cerle instrumento de su venganza. »

Descúbrese el engaño de los Zempoales.

Averiguóse fácilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos cabos zempoales que decian verdad estos sacerdotes; y Hernan Cortés sintió el engaño como desaire de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los Indios y con su propia

sinceridad; pero acudiendo con el discurso á lo que mas importaba en aquel caso, mandó prontamente que los capitanes Cristoval de Olid y Pedro de Alvarado fuesen con sus compañías á recoger los Indios que se adelantaron á entrar en el pueblo: los cuales andaban ya cebados en el pillage, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas, y maniatados algunos prisioneros. Fueron traidos al ejército cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados clamando por su hacienda: para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortés que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregase á los sacerdotes para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á los capitanes y cabos de los Zempoales, reprendió públicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte, por el delito de obligarle á mover el ejército para conseguir su venganza: y haciéndose rogar de los capitanes españoles que tenia prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entónces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenia sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban ménos los escesos de la clemencia.

Enójase Cortés con los Zempoales.

Háceles restituir lo que habian robado.

Perdona los Zempoales.

Hecha esta demostracion, que le dió crédito con ambas naciones, ordenó que los Zempoales se acuartelasen fuera del poblado; y él entró con sus Españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luego en su alojamiento el cacique de Zimpazingo y otros del contorno: los cuales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los Españoles amado ya con fervorosa emulacion en aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razon que les suministraba entónces el aborrecimiento de Motezuma.

Entra en Zimpazingo con los Españoles.

Trató despues de ajustar las disensiones que traian entre sí aquellos Indios con los de Zempoala, cuyo principio fué sobre division de términos y zelos de jurisdiccion, que anduvo primero entre los caciques, y ya se habia hecho rencor de los vecinos, viviendo unos y otros en continua hostilidad: para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos: y tomó la vuelta de la Vera Cruz, dejando adelantado su partido con la obediencia de nuevos caciques, y apagada la enemistad de sus parciales, cuya desunion pudiera embarazarle para servirse de ellos. Con que sacó utilidad y halló conveniencia en el

Ajusta las disensiones de aquellos Indios.

Vuelve á la Vera Cruz.

mismo desacierto de su jornada : siendo este fruto que suelen producir los errores uno de los desengaños de la prudencia humana, cuyas disposiciones se quedan las mas veces en la primera region de las cosas.

CAPITULO XII.

Vuelven los Españoles á Zempoala, donde se consigue el derribar los ídolos con alguna resistencia de los Indios; y queda hecho templo de Nuestra Señora el principal de sus adoratorios.

Estaba el cacique de Zempoala esperando á Cortés en una casería poco distante de su pueblo, con grande prevencion de vituallas y manjares para dar un refresco á su gente; pero muy avergonzado y pesaroso de que se hubiese descubierto su engaño. Quiso disculparse, y Hernan Cortés no se lo permitió, diciéndole, que ya venia desenojado, y que solo deseaba la emienda, única satisfaccion de los delitos perdonados. Pasaron luego al lugar donde le tenia prevenido segundo presente de ocho doncellas, vistosamente adornadas : era la una sobrina suya, y la traia destinada para que Hernan Cortés le honrase recibiéndola por su muger : y las otras para que las repartiese á sus capitanes como le pareciese, haciendo este ofrecimiento como quien deseaba estrechar su amistad con los vínculos de la sangre. Respondióle que estimaba mucho aquella demostracion de su voluntad y de su ánimo; pero que no era lícito á los Españoles el admitir mugeres de otra religion, por cuya causa suspendia el recibirlas hasta que fuesen cristianas. Y con esta ocasion le apretó de nuevo en que dejase la idolatría, porque no podia ser buen amigo suyo quien se quedaba su contrario en lo mas esencial : y como le tenia por hombre de razon, entró con alguna confianza en el intento de convencerle y reducirle; pero él estuvo tan léjos de abrir los ojos, ó sentir la fuerza de la verdad, que fiado en la presuncion de su entendimiento quiso argumentar en defensa de sus dioses : y Hernan Cortés se enfadó con él, dejándose llevar del celo de la religion, y le volvió las espaldas con algun desabrimiento.

Intenta disculparse el cacique de Zempoala.

Quiere presentarle ocho doncellas.

No las admite Hernan Cortés.

Vuelve á introducir instancia sobre la religion.

Resiste con presuncion el cacique.

Concurrió en esta sazon una de las festividades mas solemnes de sus ídolos; y los Zempoales se juntaron, no sin algun recato de los Españoles, en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana; cuya horrible funcion se ejecutaba por mano de

Hacen los Zempoales un sacrificio de sangre humana.

los sacerdotes, con las ceremonias que veremos en su lugar. Vendianse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares : bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion. Vieron parte de este destrozo algunos Españoles, que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo; y fué tan grande su irritacion, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbacion de su ánimo. Cesaron, á vista de mayor causa, los motivos que obligaban á conservar aquellos confederados; y como tiene tambien sus primeros ímpetus la ira cuando se acompaña con la razon, prorumpió en amenazas, mandando que tomasen las armas sus soldados, y que le llamasen al cacique y á los demas Indios principales que solian asistirle : y luego que llegaron á su presencia, marchó con ellos al adoratorio, llevando en órden su gente.

Vendianse los despojos del sacrificio.

Marcha Cortés al adoratorio con el cacique.

Salieron á la puerta de él los sacerdotes, que estaban ya recelosos del suceso, y á grandes voces empezaron á convocar el pueblo en defensa de sus dioses : á cuyo tiempo se dejaron ver algunas tropas de Indios armados, que segun se entendió despues, habian prevenido los mismos sacerdotes, porque temieron alguna violencia, dando por descubierto el sacrificio que tanto aborrecian los Españoles. Era de alguna consideracion el número de la gente que iba ocupando las bocas de las calles, pero Hernan Cortés, poco embarazado en estos accidentes, mandó que doña Marina dijese en voz alta, que á la primera flecha que disparasen, haria degollar al cacique y á los demas Zempoales que tenia en su poder; y despues daria permision á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Temblaron los Indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos el cacique mandó á grandes voces que dejasen las armas, y se retirasen : cuyo precepto se ejecutó apresuradamente, conociéndose en la prontitud con que desaparecieron lo que deseaba su temor parecer obediencia.

Previénense á la defensa los sacerdotes.

Huyen los Indios armados.

Quedóse Hernan Cortés con el cacique y con los de su séquito; y llamando á los sacerdotes, oró contra la idolatría con mas que militar elocuencia. « Animólos, para que no le oyesen atemorizados : procuró servirse de los términos suaves, y que callase la « violencia donde hablaba la razon : lastimóse con « ellos del engaño en que vivian : quejóse de que « siendo sus amigos no le diesen crédito en lo que « mas les importaba : ponderóles lo que deseaba su bien; y de « las caricias que hablaban con el corazon pasó á los motivos que « hablan con el entendimiento. Hízoles manifiesta demostracion « de sus errores : púsoles delante, casi en forma visible, la verdad : « y últimamente les dijo, que venia resuelto á destruir aquellos

Habla Cortés sobre la religion.

« simulacros del demonio; y que esta obra le seria mas acepta, « si ellos mismos la ejecutasen por sus manos. » A cuyo intento los persuadia y animaba para que subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos; pero ellos se contristaron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido; hasta que arrojándose en tierra, dijeron á grandes voces que primero se dejarian hacer pedazos que poner las manos en sus dioses. No quiso Hernan Cortés empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian; y así mandó que sus soldados lo ejecutasen: por cuya diligencia fueron arrojados desde lo alto de las gradas y llegaron al pavimento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras y de los instrumentos detestables de su adoracion. Fué grande la conmocion y el asombro de los Indios: mirábanse unos á otros como echando ménos el castigo del cielo: y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo, y conocieron su flaqueza, al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruina de sus poderosos.

Manda que derriben los ídolos.

Resistenlo los Indios.

Quedaron con esta esperiencia los Zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los Españoles: porque si ántes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus dioses. Y Hernan Cortés, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se ejecutó con tanto fervor y alegría, que afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban como adorno. Blanqueáronse despues con una capa de aquel yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de Nuestra Señora con algunos adornos de flores y luces: y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fué posible, á vista de muchos Indios, que asistian á la novedad mas admirados que atentos; aunque algunos doblaban la rodilla y procuraban remedar la devocion de los Españoles.

Sosléganse despues, y limpian el adoratorio.

Fabricase un altar.

No hubo lugar entónces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza; y Hernan Cortés llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la corte de Motezuma; pero quedaron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo

Dan esperanzas de convertirse.

que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los cristianos, cuyo poder reconocian ya por los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los ausilios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo ministerio: llamábase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado, en que hubo mucha parte de valor.

Juan de Torres se ofrece á cuidar del nuevo santuario.

CAPITULO XIII.

Vuelve el ejército á la Vera Cruz: despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes; y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al traves con la armada.

Partieron luego los Españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla: y cuando llegaron á la Vera Cruz acababa de arribar al parage donde estaba surta la armada un bajel de poco porte, que venia de la isla de Cuba á cargo del capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan Luis Marin, que lo fué despues en la conquista de Méjico; y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viaje: y en esta duda parece lo mas verisímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna, á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador Diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar obtenidos por la negociacion de un capellan suyo, que habia despachado á la corte para esta y otras pretensiones: cuya merced le tenia inexorable, ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Llegan á la Vera Cruz Francisco de Saucedo y Luis Marin con diez Españoles, un caballo y una yegua.

Presúmese que vinieron de Cuba.

Noticias de Diego Velazquez.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente; aunque le apresuró algo en la resolucion de

Trata Cortés de enviar comisarios á España.